

Uno a uno, encorvados,
los turistas,
portando nuestras cámaras,
pasamos
a la cabina de pilotos.
Como en una pantalla se suceden
las aristas,
los tajos
y gargantas,
los collados y riscos emergiendo
en ese mar crestado,
entre radas de nubes,
cúspides eminentes.



Alzado sobre todo,
piramidal,
 enhiesto,
 altísimo,
 el blanco Sagarmatha.

A su lado el Lhotsé,
 como un heraldo,
y un poco más abajo
 la cumbre cristalina
 del agudo Ama Dablan.

Perfiles agresivos:
 un fulgor obstinado
alumbra la imponente cadena montañosa.

Finalmente volvemos,
 todavía
conmovidos por la exultante
belleza del paisaje.

Dos días después
 leo en los periódicos
que un aparato igual
y de la misma compañía
(¿quizá en el que volamos?...)
repleto de alemanes
(¿tal vez los que salían
 ayer con sus mochilas
 del *lobby* del hotel?),

se estrelló en las inmediaciones
del primer campamento.
Ninguno de los veinte
ocupantes sobrevivió.

Un estremecimiento
me recorre la espalda:
¡Es tan frágil el hilo de la vida...!

